
La literatura de la guerra en la Rusia soviética

José Manuel Prieto

El tema de la guerra, el heroísmo de los soldados, la fortaleza física necesaria para soportar las campañas, la traición, la franqueza, la verdad sin cortapisas que se despliega en las narraciones bélicas me ha fascinado desde muy joven. Si es cierto que tan sólo existen dos grandes narrativas –la de la guerra, que estaría representada por la *Iliada*, y la del viaje, que estaría representada por la *Odisea*–, he sido un gran lector de ambas vertientes, pero pienso que en mi juventud disfruté más la primera, la narrativa de la guerra. Esta afición me ha deparado lecturas sorprendentes entre los clásicos, como la de Julio César, la *Bella cívica* y, más recientemente, *La anabasis* de Jenofonte, libro moderno donde los hay. Recuerdo haberlo leído en México cuando Jean Meyer había recién terminado su *Yo el francés* y me sorprendió la similitud de ambos casos: un cuerpo expedicionario llamado a pelear a un país extranjero y abandonado luego a su suerte. Moviéndonos más hacia el presente, leí las novelas de la que era la gran guerra que había ocurrido poco antes, en los relativos términos históricos, de mi nacimiento. Hablo de la Segunda Guerra Mundial. Leí novelas como los *Desnudos y los muertos* de 1948, (y el año pasado, en Nueva York, tuve el enorme privilegio de compartir mesa con Norman Mailer y hablar durante un rato sobre su gran novela). En mi adolescencia disfruté mucho *Adiós a las armas* (1927) de Ernest Hemingway (de la primera guerra) y *Matadero número 5* (1969) de Kurt Vonnegut, sobre el bombardeo aliado de Dresden. No he leído, sin embargo, nada escrito desde el lado japonés, la guerra del Pacífico. Pocos son los libros que han caído en mis manos, que he hojeado, pero no he leído de la Segunda Guerra Mundial contada desde el lado alemán. Sin embargo, hay una literatura de esa contienda que conozco particularmente bien y que

he leído a profundidad. Se trata de la literatura que generó la Segunda Guerra Mundial de Rusia.

Muchos de esos libros los leí todavía en Cuba y conservo intactos en la memoria sus sonoros títulos: *La carretera de Volokolamsk* (1943-1944) de Alexander Bek, por ejemplo. Hay una escena del célebre filme cubano *Memorias del subdesarrollo* que muestra al protagonista paseándose por las estanterías de una librería de La Habana de los tempranos sesenta inundada de esa literatura. El libro que el actor escoge y hojea es precisamente *La carretera de Volokolamsk*. Otro texto obligado de la época es *Somos hombres soviéticos* (1948), de Boris Polevoy, un libro sobre la epopeya militar en los campos de Rusia, que enaltecía la grandeza de las armas rusas. Fue una lectura que, por qué negarlo, disfruté de niño. Otros títulos serían *Un hombre de verdad* (1951) de Boris Polevoy, *Los tanques avanzan en rombo* (1975), de Anatoly Ananév, *El comité regional clandestino actúa* (1952), *Nieve ardiente* (1969), de Yuri Bondarev, *Ellos se batieron por la patria* (1942) de Mijail Sholójov, y así un largo y sorprendente etcétera.

Se trata, entonces, de la experiencia de un lector, simple y llanamente. No me acerqué a estas novelas llevado por un interés académico, sino que las leí, muchas de ellas, la mayoría, en el transcurso de los años, más que nada en mi adolescencia y juventud en Cuba y luego durante los años que viví en Rusia.

(Dicho esto y a manera de observación al margen cabe destacar, en contraste con la extensa producción soviética, la escasa literatura de la guerra que ha generado en Cuba la contienda, única en la historia de América Latina, del más grande contingente militar que ningún país de la región tenga más allá de sus fronteras, en Angola desde 1975 hasta finales de los ochenta, pero también antes y muy significativamente en Argelia y por todo el continente africano. Esto es curioso y por sí solo digno de análisis.)

Pero volviendo a la literatura soviética de la guerra cabe afirmar, creo haber entendido, que es una literatura hecha para hacer colisionar, en la probeta más clara de una situación extrema (la del frente, donde el enemigo por batir, que encarna el mal, queda convenientemente delimitado: allá, del otro lado, el enemigo, aquí, detrás nuestro, la patria por defender) temas esenciales, dilemas cruciales de la más reciente historia del país. Entendida o no, explicitada o no por sus autores. Es decir, la Unión Soviética-

tica de la época del Deshielo, que fue cuando más se escribieron esos libros, unos diez o quince años después de la contienda, encontró en esa literatura un vehículo preferido para ensalzar las bondades del régimen, una suerte de núcleo, de nuevo punto de partida desde donde relanzar la narrativa del estado soviético. El país –no hay duda de ello– había llevado a cabo un acto de heroísmo colectivo. Para los reformistas, para las personas que todavía pensaban en salvar el socialismo, aquello era una señal de que lo soviético no estaba del todo podrido. Creo que fue un sentimiento compartido por toda una generación de escritores, para quienes la guerra significó una experiencia salutífera, vivificante; en la guerra encontraron una razón de ser más allá del sinsentido totalitario; un espacio de tiempo en que el Gulag, los horrores de los años treinta, los desmanes, la escasez, el horror cotidiano, (lo que he investigado y conceptualizado como “Terror de Baja Intensidad”) del estado totalitario encontró una vía de escape.

Los *Cuentos de Sebastopol* (1855) de León Tolstoi inauguraron esa tradición dentro de la literatura rusa, la de acercarse con ojo crítico a un conflicto bélico en que el país se ve enfrascado para sacar lecciones no tanto del arte castrense, sino de las implicaciones morales, las más amplias repercusiones y “lecturas” que tiene esa guerra dentro de toda la sociedad. La obra que llevaría el tema de la guerra al centro de la tradición no sólo rusa sino de toda la literatura occidental pertenece al mismo Tolstoi. Su título es *Guerra y paz* (1867).

Este enfoque, llamémoslo “ruso”, no es natural o lógico. Para Erich María Remarque, por ejemplo, otra era la función del recuento bélico. Son éstas las célebres palabras de epígrafe con que abre su *Sin novedad en el frente* (1929): “Este libro no busca ser una acusación ni una confesión. Es solamente un intento de contar la historia de una generación que fue destruida por la guerra aun si logró escapar de las granadas”. Alude, en una palabra, a la necesidad de dejar un testimonio, una confesión. Las novelas de la guerra en la tradición rusa, sin embargo, siempre han tenido más que ver con el país que con la guerra, más con la “paz” que con la “guerra”. Los rusos, sus historiadores y sus poetas, la intelectualidad rusa, han llegado a deplorar las contiendas exitosas del ejército ruso y soviético: después de cada victoria de las armas rusas, la situación en el país ha empeorado, se ha movido hacia una mayor opresión interna. Es el caso de la guerra de

1812, que vio a los húsares rusos acampar en los Campos Elíseos de París y que no se revirtió en mayor libertad para el país, sino en mayor opresión. Lo mismo ocurrió con la victoria sobre la Alemania nazi en 1945. Las derrotas de 1905 y la debacle en Afganistán en la década de 1980 fueron seguidas, sin embargo, por revoluciones: la de 1905 y la Perestroika.

Si bien es cierto que Alexander Pushkin dejó una obra también de ambiente guerrero en *La hija del capitán* (1834), obra que aborda la sublevación de Emelyan Pugachov, ni Mijail Dostoievski ni Iván Turgueniev, ni Antón Chejov, los otros grandes del XIX, escribieron obras de ambiente castrense ni de guerra.

Condenada como una contienda “imperialista” por el emergente estado soviético, fue muy escasa la literatura, las novelas que contaron la guerra “imperialista” en la que participó Rusia desde 1914 a 1918, cuando se firmó el pacto de Brest Litovsk. Excepción, entre pocas, es la obra de un autor que citaré mucho en este artículo, Mijaíl Sholójov, cuyo *El don apacible* (1928-1940) describe la vida y las hazañas de los cosacos en la contienda.

La cruenta guerra civil que sobrevino a la casi pacífica toma del poder por los bolcheviques (en las famosas escenas de “Octubre”, el filme que Eisenstein filmara en 1927 para conmemorar el décimo aniversario del asalto al Palacio de Invierno, participaron por lo menos diez veces más personas que durante el incruento “golpe de estado”, como muchos insisten en llamar ahora lo que se conoce como la revolución de Octubre de 1917) sí generó una literatura de guerra notable. Cabe destacar la quizá más célebre de sus obras, *Caballería Roja* (1926), de Isaac Babel. Otras son *Chapaev* (1923) de Dmitri Furmanov, *El Torrente de Hierro* (1924) de Alexander Serafimovich, *Tinieblas y Amanecer* de Alexei Tolstoi, los fabulosos *Cuentos del Don* (1925) del propio Mijaíl Sholójov, etcétera.

En todas estas obras, en primer lugar, se ventilaba la legitimidad del régimen soviético. Así, en una contienda que fue particularmente sangrienta y cruel por ambas partes, se buscaban pintar, en primer lugar, los desmanes de los blancos, de la contrarrevolución. *Chapaev* fue llevada al cine con deslumbrante éxito por los hermanos Georgi y Serguei Vasiliev. Todas estas obras ayudaron a establecer un lenguaje popular mitológico que dejó sentada cómo debía ser leída esta guerra (años después, en los lejanos setenta, comenzaron a aparecer variaciones de este “alfabeto”, en películas

como *Fue leal para los enemigos y para los amigos traidor* (1974) de Nikita Mijalkov, una suerte de aventura en clave Western que proponía, con mucho éxito, una relectura de la contienda en que ni tan malos los blancos ni tan buenos los rojos.

Otro libro de importante mención es *Guardia Blanca* (1924) de Mijail Bulgakov, obra que fuera llevada al teatro como los *Días de los Turbins* (1926) por el mismo autor y que gozara de increíble éxito, y que, cosa curiosa, tuvo siempre entre sus grandes admiradores, esto a pesar de la visión poco estereotipada y contraria a la propaganda oficial con que era presentada la oficialidad blanca, al mismísimo Iosif Stalin. Uno puede aventurar que quizá porque elevaba el rango de las personas a las que habían derrotado durante la Guerra Civil, realizaba, por decirlo así, su propia hazaña.

Pero la contienda que generó (y que podría afirmarse sigue generando) literalmente toneladas de libros es la Segunda Guerra Mundial que en la Unión Soviética y en la Rusia actual se conoce como la Gran Guerra Patria. Es una literatura de altos quilates artísticos, en la que escribieron los principales autores de la época, desde un estilista extremo como Andrei Platonov (1899-1951), hasta “publicistas” de genio como Ilya Ehrenburg (1891-1967) o Konstantin Simonov (1915-1979). Son libros que abundan en escenas tremendas, dibujadas con mano maestra y que buscan revivir, colocar a los lectores en aquel momento, hacerlos copartícipes, mostrar la magnitud de la hazaña.

Grosso modo, esta literatura se da en dos grandes vertientes. Por una parte, la “batallística”, en una narración que despliega ante los ojos del lector los detalles de la batalla y en grandes frescos narrativos herederos de la tradición, por ejemplo, de Victor Hugo en *Los miserables* (1862), de esa formidable escena en que el mítico oficial (Cambronne, personaje histórico cuyo nombre lleva una calle en París) se resiste a rendirse y suelta su célebre improprio a la bocas del los cañones ajustados a cero (en las dos variantes, la embellecida, histórica: “¡La guardia muere pero no se rinde!” o bien en la real: “Merde!”). O la famosa, que no deja de impresionarme cuando la recuerdo y que me impresionó profundamente cuando la leí en los lejanos setenta, sobre esa carga de caballería en la batalla de Waterloo, cuando todo un regimiento va a dar a una zanja, invisible para los jinetes que deben ganar una colina, y que debió llenarse esa zanja con los cuerpos de los

caballos y los jinetes caídos, totalmente hasta arriba de modo que fue posible seguir avanzando.

La segunda vertiente es la que, parafraseando un reciente libro aparecido en Estados Unidos escrito por la investigadora Catherine Merridale, *Ivan's War: Life and Death in the Red Army, 1939-1945* (2006), me gustaría calificar de “la Guerra de Iván”, o lo que es lo mismo, la guerra a ras del suelo. Obras todas que hacen un uso amplio de esa innovación debida a Stendhal, ese reajuste a la mirada del soldado en el campo de batalla. Porque allí donde el Hugo de *Los Miserables* habla siempre del “corso”, sigue los pensamientos de Bonaparte y Blücher, el también francés Henri Stendhal, en la famosa escena de *La cartuja del Parma* (1839) nos pinta a un Fabrizio del Dongo incapaz de hacerse un cuadro general de toda la batalla, el objetivo de los desplazamientos, totalmente desconcertado: un recluta que observa cierta escaramuza que se dan junto a un puente en un pequeñísimo sector del frente.

Las obras que me interesaron de niño, las que leí con mayor fruición pertenecen al segundo grupo, a las que buscaban pintar la guerra a través de los ojos del soldado. Cosa curiosa, y es lo que he llegado a entender, esa literatura, no casualmente, comenzó a escribirse durante el periodo que a partir de 1956 se conoció como “El Deshielo” y debe ser leída más que una literatura de guerra, como una literatura profundamente reformista, como el vehículo preferido por los escritores de la época para enviar un mensaje de cambio a la sociedad soviética. (Y todavía más curioso es que ese mensaje llegara a la lejana isla de Cuba, donde sería leída por el niño lector que fui en gran medida desprovisto de ese mensaje, fuera de un contexto que tan sólo años de vivir en Rusia y luego de estudiar la historia de aquel país, añadirían.)

Prácticamente todo lo escrito después de 1956, *De los vivos y los muertos* (1959), *Nadie es soldado al nacer* (1964), de Konstatin Simonov (1915-1979), la trilogía de Yuri Guerman (1910-1967), *Mi ser querido*, de 1958 (amé con particular devoción la trilogía de Guerman, al punto que, lo recuerdo perfectamente, le regalé uno de los volúmenes a mi novia de entonces) buscan negar la versión estalinista de la guerra, cuyo principal exponente fue quizá la hoy con mucha justeza olvidada novela de Semion Babaevski (1909-2000) *El caballero de la orden de oro* (1947), premio Stalin de literatura de 1952.

Pero de todos los temas, he caído en la cuenta recientemente, el más importante para toda esa generación fue el de la suerte del prisionero. Creo que es así porque se estableció una profunda discusión con una de las principales tragedias de la guerra, el virtual abandono de los prisioneros rusos que fueron declarados enemigos por el gobierno soviético. Para Stalin, enfrentado a una posible deserción en masa del ciudadano soviético que podría hallar en la guerra una vía de escape del infierno totalitario (muchos lo hallaron: años después, en México, en Estados Unidos he encontrado a personas que, en efecto, huyeron a Occidente aprovechando la confusión de la guerra), todo prisionero o desaparecido era un traidor a la patria. De ahí que uno de los primeros mitos que atacó la literatura de la guerra que se escribió durante el deshielo fuera justamente la suerte del prisionero.

Así, aparte de pretender compendiar el destino de todo el pueblo ruso durante la guerra, esos libros comenzaron a hablar en una clave nueva, a tono con la denuncia del estalinismo, desentendiéndose marcadamente de la versión de la guerra promovida por Stalin y de algunos de sus más importantes tabúes. Para Stalin, todo prisionero era un traidor (Stalin mismo se negó a canjear a su hijo Jacob por un alto oficial alemán, todo el pasaje está contado en *La insoportable levedad del ser*, de Milán Kundera). Durante años, y hasta fecha bien reciente, tener a una persona “desaparecida” en la guerra era considerado sospechoso: la persona en cuestión podía muy bien no haber muerto y desertado a Occidente. En la delicada gramática del arte soviético, el tema de un prisionero era algo impensable de tratar antes del ascenso de Jrushov (deberían pasar todavía más años para que el tema de un prisionero del Gulag se convirtiera en una instantánea sensación con la publicación de *Un día de la vida de Ivan Denisovich* (1962).

Para que mejor se entiendan las dimensiones de este asunto, cabe destacar que debido a la debacle de los primeros meses de guerra, después del 22 de junio de 1941 en que el país fue literalmente sorprendido sin haber terminado la preparación para la contienda, centenares de miles, millones de rusos fueron hechos prisioneros. Divisiones, cuerpos, ejércitos enteros quedaron rodeados por el rápido avance de las tropas hitlerianas en territorio soviético, roto el frente en muchos puntos por las divisiones blindadas alemanas capaces de hacer muchos kilómetros en un solo día. El resultado fue, como ya he dicho, enormes bolsones de tropas rusas que quedaban en

la retaguardia enemiga y que fueron cercadas y enviadas al cautiverio.

Para muchos, la culpa de todo esto yacía justamente en Stalin y su terquedad de obviar los informes de inteligencia que hablaban de una invasión evidente, informes que él calificó de provocaciones. En cualquier caso, el resultado fueron centenares de miles de soldados rusos en cautiverio. Y once años después de acabada la contienda, a partir de 1956, la literatura de la guerra se enfocó principalmente en la suerte de los prisioneros, como una profunda manera de rebatir la tesis estaliniana de que debían ser vistos como traidores a la patria, una manera de reenfocar la atención al heroísmo de todos los hombres soviéticos en conjunto.

El destino de un hombre (1957) de Mijaíl Sholojov fácilmente inaugura esta tendencia y es quizá la obra más significativa, en cuanto a la resonancia que alcanzó. La narración de Sholojov abre frente a un río crecido que le impide seguir su camino, un hombre escucha durante toda la tarde la historia de un ruso de a pie, uno de los muchos héroes anónimos que hicieron posible la victoria. Sin embargo, la obra tiene una vuelta de tuerca cuyo principal objetivo, y así debieron entenderlo todos sus lectores, fue poner en entredicho la tesis propugnada por Stalin de que todo prisionero de guerra debía ser visto como un desertor, un apestado y tratado en consecuencia, como se verá más adelante.

Sholojov ofrece a los lectores una suerte de problema en abstracto que busca invalidar esta tesis. ¿Qué haría, se pregunta, si una bomba lo pone fuera de combate, lo deja inconsciente y usted es hecho prisionero contra su voluntad, si la persona hizo todo lo humanamente posible y sin embargo cae prisionero? Ése es justamente el “destino” de su personaje. Un disparo de artillería de largo alcance da de pleno en su camión y lo lanza sin sentido a la cuneta. El detalle es importante porque muestra la manera totalmente involuntaria en que un hombre podía caer prisionero. Recuérdense, como ya he dicho, que para la propaganda estalinista, sin embargo, los prisioneros eran poco menos que unos traidores.

Por lo visto, un disparo de artillería pesada, de largo alcance, me lanzó fuera del camión. [...] Recobré el conocimiento, pero no podía levantarme: la cabeza me temblaba, y todo yo tiritaba como si tuviese mucha fiebre, se me nublaba la vista, en el hombro izquierdo algo crujía y chirriaba, y sentía un dolor tan

grande por todo el cuerpo, que cualquiera diría que me habían estado dando palos dos días seguidos. Largo rato me arrastré por tierra. [...] Había perdido la memoria por completo. Me daba miedo volverme a tumbar. Temía que, si me tumbaba, no volvería a levantarme más, moriría. Estaba en pie, tambaleándome como un álamo agitado por el vendaval. [...] ¡Ay hermano, qué doloroso es darse cuenta de que, en contra de tu voluntad, te encuentras prisionero! A quien no haya pasado por ese trance no es posible llegarle al alma, hacerle comprender como es debido lo que eso significa.

Más adelante Sholojov aporta otro punto importante, que estas personas no dejaban de ser fieles a la Patria, que su elección socialista era voluntaria. Esto es importante porque para una gran porción del territorio de la URSS la guerra también significó, por primera vez desde los años veinte, la existencia de un espacio no soviético y, por consiguiente, una tregua en el férreo control totalitario. No importa que fuera un vacío que en algunos casos, con el repliegue de las tropas rusas y entre la llegada de las avanzadillas alemanas, durara horas, en ocasiones días. Es decir, un vacío que prontamente era llenado por los ocupantes alemanes que no tardaban en promulgar nuevas disposiciones, muchas de las cuales buscaban prolongar el status quo soviético: los koljoses, la centralización, ahora para poder alimentar a las tropas alemanas. Pero en los bosques, fuera de los centros urbanos, fue una situación que perduraba. Y en cualquier caso, en el territorio de la guerra, sin la omnipresencia del partido y la policía política, se daban nuevas relaciones. En el *Destino de un hombre*, un diálogo entre los prisioneros habla justamente de esto:

En la oscuridad, los camaradas de una misma sección o los conocidos de una misma compañía se perdían, y empezaban a llamarse unos a otros, en voz baja. [...] Uno decía: “Si mañana, antes de llevarnos más lejos, nos forman y preguntan por los comisarios, los comunistas y los hebreos, tú, jefe de la sección, no te escondas... No conseguirás nada con ello. ¿Te figuras que, porque te has quitado la guerrera, vas a pasar por un soldado raso? [...]” Y éste repuso soltando una maligna risita: “Los camaradas se han quedado al otro lado del frente, yo no soy camarada tuyo; no me vengas con ruegos, porque de todos modos te señalaré. Cada uno cuida de su pellejo”.

El héroe de *El destino de un hombre* termina estrangulando al hombre para que aquél no lo delate. El mensaje que se quiere enviar es que aun en la independencia, fuera del control real del poder soviético, las personas lo preferían de pura elección. Éste es un mensaje importante en el Deshielo: la viabilidad del comunismo, del sistema en sí mismo, jamás fue puesta en duda. Incluso los más sinceros memorialistas del Gulag, como Evguenia Ginzburg, no llegan a acusar al partido, se declaran fieles al poder soviético. Habría que esperar a la Perestroika para que este cuestionamiento apareciera en obras de ficción.

Pero volviendo a la narración de Sholojov, en aquella tierra de nadie, por primera vez en muchos años, al menos desde la consolidación del poder soviético, apareció o fue posible la existencia de una especie de agente libre, un ciudadano que no debía responder órdenes de Moscú y que en muchos lugares terminarían uniéndose con los guerrilleros. Grandes grupos de estos soldados copados, de prisioneros fugitivos terminaron uniéndose a los guerrilleros y aportando su conocimiento militar. Sobre estos *partizanos*, cuando finalmente fueron absorbidos y aceptados por el estado soviético, terminarían escribiéndose extensas sagas, pero al principio de la guerra y durante varios meses y años, por lo menos hasta 1942, comienzos de 1943, fueron vistos con sospechas por Stalin, temeroso justamente de aquella libertad y autonomía. Fue sólo bastante avanzada la guerra que el Alto Mando, el Estado Mayor concibió una estrategia encaminada a incorporar al movimiento guerrillero en sus planes militares, como una fuerza diversionista oportunamente colocada en la retaguardia del enemigo y que terminó actuando coordinadamente contra el alemán.

De las muchas obras centradas en la suerte del prisionero, quiero hablar aquí de otro cuento que me impactó particularmente ya en los años de la Perestroika y que había sido escrito por un autor desconocido para mí, como también para la inmensa mayoría de los lectores rusos. El autor del cuento era Varlam Shalamov (1907-1982) y el título de la pequeña obra maestra era “El último combate del Mayor Pugachov”.

El mayor Pugachov es un ex prisionero de guerra, alguien que estuvo internado en un campo en Alemania adonde, nos dice Shalamov, llegaron los agitadores del ejército de Vlasov (más adelante me ocupo brevemente de él en este artículo). Dicho esto, vale la pena regresar por un segundo al

final del cuento de Sholojov, donde su personaje se escapa, atraviesa la línea del frente con una importante “lengua” y es aceptado sin mayor cuestionamiento de vuelta en el ejército rojo. Como demuestra Shalamov, la verdad era bien otra, la práctica común de enviarlos a los campos de concentración rusos, volverlos a hacer prisioneros justamente por sospechosos de traidores a la patria. Es decir, Sholojov escamotea lo que constituye el núcleo del cuento de Shalamov: el trato que le daban a los soldados soviéticos que habían sido prisioneros de guerra de los alemanes. Una doble injusticia, porque ya en los campos alemanes para prisioneros de guerra los rusos eran los que peor vivían; jamás recibían paquetes ni ayudas de la familia ni de la Cruz Roja. De ahí el predicamento que tuviera la prédica del general Vlasov, como lo cuenta Shalamov en su “El último combate del mayor Pugachov”. Porque ante este abandono virtual del gobierno soviético de sus prisioneros, los rusos se vieron tentados a pasarse al enemigo. He aquí como lo cuenta Shalamov:

Pugachov recordó las visitas de los emisarios del general Vlasov que repartían sus “manifiestos” y desplegaban una labor de proselitismo entre los hambrientos y martirizados soldados rusos.

El poder soviético renegó de ustedes hace tiempo. Todo prisionero es considerado traidor a la patria –decían los de Vlasov–. Y les mostraban periódicos moscovitas con los decretos y los discursos. Los prisioneros ya habían oído hablar de aquello. No en balde los rusos no recibían paquetes con alimentos. Los prisioneros de todas las nacionalidades: franceses, americanos e ingleses recibían cartas y habían organizado asociaciones de compatriotas. Los rusos nada poseían fuera del hambre y el resentimiento. No es de extrañar que al “Ejército de liberación ruso” se inscribieran muchísimos prisioneros de los campos de concentración alemanes.

El mayor Pugachov nunca dio crédito a las aseveraciones de los vlasovistas, hasta que él mismo no alcanzó las unidades del ejército rojo. Los de Vlasov habían dicho la pura verdad. El gobierno no los necesitaba ya: les temía.

Ésa es la tragedia del mayor Pugachov, alguien de quien Shalamov cuenta que cayó prisionero en circunstancias semejantes al héroe de Sholojov, es herido, pierde el conocimiento, su valentía y amor a la patria no deben ser

puestos en duda. De vuelta al territorio soviético, en el campo de concentración del Gulag, Pugachov se hace líder de un pequeño grupo de prisioneros, todos ellos ex combatientes, y planean y llevan a cabo con parcial éxito el más sonado intento de escape de la Kolyma. Ésa es la materia del cuento. Al final, Pugachov y sus hombres son rodeados y muertos. Pero han dado una clara muestra de heroísmo.

Por último, un gran texto de la época, *Vida y Destino* (1960) de Vasily Grossman, que abarca casi todos los aspectos de la vida en la Rusia Soviética, incluye amplias secciones y personajes prisioneros de los alemanes, pero también, lo que es una innovación, prisionero de los rusos, prisioneros del Gulag. La novela es más que nada una narración épica modelada conscientemente sobre *Guerra y Paz*. (Incluso el título es escueto y díptico como la de Tolstoi: *Vida y destino*) Y fue leída, correctamente, como una obra que cuestionaba al estado soviético, la existencia misma y la justeza del socialismo. Pero lo que la hace una obra única es que Grossman usa el tema de la guerra para disentir profundamente. Por primera vez en la literatura alguien compararía el régimen estalinista con el hitleriano (lo que todavía hoy sigue siendo tabú en Occidente; ver, si no, la recepción que tuvo el libro *Koba el Terrible* (2002), de Martin Amis, nada novedoso en cuanto a hallazgos históricos, pero sí en cuanto a la aceptación por un escritor bien pensante occidental de los crímenes de Stalin, equiparable a los de régimen fascista).

Entre los cientos (literalmente) de personajes, destaca el prisionero Yershov, un líder natural, un ex oficial que se encuentra en el cautiverio alemán. Yershov medita sobre lo muy terrible que sería ser prisionero en un campo del Gulag, halla una ventaja moral en encontrarse prisionero de los alemanes:

Ay Kirilov, ay Kirilov, ha hablado bien nuestro bien nuestro viejo Mostovskoi: debemos alegrarnos de que los fascistas nos odien, nosotros los odiamos y ellos nos odian. ¿Lo entiendes? Pero ¡imagínate estar en un campo ruso! Ser prisionero de los tuyos sí que es una desgracia, mientras que aquí eso no importa, ¡somos tipos fuertes! Todavía daremos guerra a los alemanes.

Vida y destino, como es sabido, fue confiscada por la KGB en 1961 y se dictaminó que no sería publicada ni en doscientos años. *Vida y destino* es

también un gran fresco batallístico, cuyas recreaciones de la batalla de Stalingrado son semejantes a las de Tolstoi sobre la batalla de Austerlitz o Borodinó. Sin embargo y a tono con el imperativo de la época me gustaría subrayar cómo Grossman creyó importante desarrollar la narración en esta vertiente de la suerte del prisionero del que he venido hablando, algo impensable, por ejemplo, en *Guerra y Paz*, como una suerte de simbiosis de la gran novela del Tolstoi y *Memorias del subsuelo* del Dostoievski. Aunque también es verdad que el gran Tolstoi tituló uno de sus pequeños clásicos como “El prisionero del Cáucaso” (1870), título importantísimo en su vasta obra que ha hallado una continuación recientemente en la obrita de Andrei Makanin del mismo título, publicada en 1995 y que aborda la reciente campaña de la tropas rusas en Chechenia.

Por último, habría que esperar hasta la misma Perestroika para abordar de manera humana el más terrible de los temas: la traición del general Vlasov, un oficial de alto rango que había jugado un importante papel en la defensa de Moscú en 1941 y que, al caer prisionero, prefirió unirse a los alemanes. Los alemanes parecen no haber sabido muy bien qué hacer con él, pero en septiembre de 1944 Himmler le dio la autorización para crear su Ejército para la Liberación de Rusia. Vlasov envió a sus emisarios por los campos de concentración alemanes para convencer a los prisioneros rusos de unirse a él (como vimos, uno de esos emisarios trató infructuosamente de convencer al mayor Pugachov del cuento de Shalamov que engrosara las filas del recién creado ejército). Vlasov, sus razones (escribió una carta abierta en la que explicaba las razones de su proceder y en la que declaraba odiar al comunismo) han sido presentadas en forma de novela, *El general y su ejército* (1997) por el escritor Georgi Vladimov, quien pone en boca de su héroe de ficción las palabras de su célebre carta: “Vi las miserables condiciones de vida del obrero soviético, cómo los campesinos fueron forzados a entrar a los koljoes, a millones de rusos desaparecer sin que se incoara ninguna causa ni se le celebrara juicio”.

Personaje incómodo donde los hay, el libro sobre Vlasov pertenece al grupo importante de obras que aborda la suerte del prisionero durante la Gran Guerra Patria...

Casi nada se escribe hoy dentro del género de guerra, creo que, más que nada, tiene que ver con que esta segunda función que cumplió tan bien

durante años dejó de ser relevante. En los sesenta, veinte años después de finalizada la guerra, para los jóvenes escritores como Vasily Axionov, Sacha Sokolov, Alexander Kabakov, etcétera, el tema deja de ser atractivo o bien podía ser ya visto humorísticamente como en Vladimir Voinovich, en su muy leído libro, *La vida y las aventuras extraordinarias del soldado Chonkin (1969-1975)*. Como cosa curiosa, una suerte de desplazamiento de vehículo artístico, cabe destacar que el tema de la guerra y del prisionero fue rescatado por cineastas que lo siguieron utilizando para enviar mensajes de importancia. Incluso pudiera verse al famoso personaje Stirlitz de *Diecisiete instantes de una primavera* (1968) de Yulian Semionov como una suerte de prisionero; esta vez, alguien que se encontraba “preso” dentro de la mismísima Gestapo, trabajando como agente doble. Semyonov introdujo la novedad de describir la guerra desde dentro del Tercer Reich, con personas reales, alemanes no caricaturizados, como Muller, que se ha convertido, extraño destino, en héroe de los chistes rusos. Otro ejemplo de la misma apropiación del tema por los cineastas sería la importante película *Ascensión*, de Larisa Shetpiko, basada en la noveleta *Sotnikov* (1970), de Vasil Bikov y que es una variación sobre el tema del traidor y el héroe, cómo se comporta cada cual una vez que son hechos prisioneros por los alemanes.

El cambio mayor que ha experimentado mi lectura de toda esta literatura es comprender la centralidad del tema de la suerte del prisionero en toda ella debido a qué me he preguntado y he entendido, quizá ésta sea la razón, que por la misma situación del hombre soviético dentro del estado totalitario, el país cárcel que había terminado por convertirse la Unión Soviética. Por lo que la suerte del prisionero encontraba profundos ecos en la suerte del ciudadano de la Unión Soviética, una correlación profunda entre ambos.

La literatura de la guerra ha funcionado como un instrumento de clara disidencia (cuyo máximo exponente es quizá *Vida y destino*) de relectura del pasado, del presente soviético, una literatura de resistencia. Constituye, y ésta es una conclusión sorprendente para mí mismo, un capítulo de la literatura de la anti utopía o, como se les conoce en inglés, *distopías*. En el entorno trágico y alterado de la guerra, los contornos del totalitarismo enfrentados a otro totalitarismo (lo que, otra vez, es el tema de Grossman) aparecen o son puestos en mayor relieve.

Y esto también muy importante: la literatura de la guerra de la Rusia soviética describe la lucha de un estado totalitario contra otro estado totalitario. Lo que la convierte, en realidad, es la más grande y terrible de las sagas. Los estadounidenses, que enfrentaron en Japón a un enemigo no menos fanático, provenían de un país democrático (empañado, es verdad, y como se ha escrito recientemente, por la segregación racial dentro de sus filas), pero eran, esencialmente, hombres en libertad. Los rusos, y es algo que es bien visible en todas estas obras, debieron luchar a las órdenes de un estado opresor, que en gran medida no respetaba las vidas humanas (de ahí también las altas bajas de las tropas rusas), y que se vieron en la disyuntiva terrible, como en el caso de Vlasov y los hombres que se les unieron o que se les negaron a unirse, de conciliar el amor a la patria con el odio al totalitarismo.

Por último, algo que he venido a entender muchos años después es cómo la Guerra significó una liberación formidable para la prisión que consistía la Unión Soviética, un estado totalitario con sus fronteras cerradas y limitada al máximo la capacidad de circulación de sus ciudadanos, convertido, como ya he dicho, todo el país, en un gran campo de concentración. La guerra, sus formidables movimientos tectónicos, rompe esto; la contienda trajo consigo una enorme liberación. En el ambiente del terror generalizado, de un peligro difuso, de contornos vagos, la existencia de un enemigo patente, el alemán, con quien el país se enzarzó en una guerra de vida o muerte, fue recibido como una bocanada de aire fresco, un alivio del miedo. Así, al final del *Doctor Zhivago* (1957):

La guerra fue como un tormenta que limpió, que trajo una corriente de aire fresco, un soplo de alivio. [...] Cuando se desató la guerra con sus horrores reales, su peligro real y una amenaza de muerte real, fue un bien comparado con el señorío inhumano de las descabelladas invenciones, y trajeron un alivio. [...] No sólo en el presidio, sino con mayor fuerza en la retaguardia y en el frente, la gente respiró con mayor libertad y se lanzaron con su alma y entrega, con un sentimiento de verdadera felicidad al crisol de la terrible guerra, mortal, pero a la vez salvadora. ❧